

La trocha o el camino



(ENSAYO)

Por EL GENERAL

CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

E

L título anterior es suficientemente explícito para dar a comprender que en vez de "ensayo" su autor ha debido posponerle otras seis letras que dijeran: "dilema".

En efecto, se trata de saber cuál de esas vías—la Trocha o el Camino—es la que el hombre ha de seguir cuando la suerte lo pone en condiciones de orientarse con arreglo a su albedrío: al buen consejo de su razón, al peligroso de su instinto o al deficiente de su vicio. Se trata de averiguar cómo razona el ser humano cuando llega el momento de elegir. Y no hace falta meditar eternamente para saber que lo hace en forma simple.

En Delfos, sobre el pórtico del templo dedicado a Apolo, está el famoso:

CONÓCETE A TI MISMO,

que reluce en todas partes, a guisa de proverbio o de consejo; y debajo:

LA MEDIDA SOBRE TODO,

que es consecuencia o complemento ineludible al anterior. La firma no aparece; pero la historia—o la leyenda—atribuye esas dos frases a alguno de los Siete Sabios de que Grecia se enorgullece tanto, y esto por suponer que fueron concebidas en un período en que ya se prescindía del sacrificio humano y en que la distancia que

separa al hombre de los dioses había adquirido proporciones gigantescas. Ambas fórmulas integran un pequeño catecismo destinado a lograr que cada cual mantenga una pausada marcha por el camino más apropiado a sus condiciones personales y a evitar abuso de la trocha. Pero, a pesar de todo, el deseo impera; es imposible refrenar al codicioso; la gente aplaude cuando sube y lo empuja hacia la altura.

Hitler, cuyas zancadas le han llevado a la cumbre en pocos años, emplea su energía remanente en los codazos necesarios para instalarse a fondo en su nuevo empleo: el año 33 se separa de Ginebra y se reúne con los Grandes de su tiempo en la ciudad de Munich; el 34 firma el Convenio con Polonia y celebra su primera conferencia con el Duce; el 35 llega a un acuerdo con Inglaterra sobre las flotas aeronavales; el 36 fija la base del titulado "Eje" Roma-Berlín; el 37 recibe a Mussolini y establece la gran alianza tripartita; el 38 entra en el territorio austriaco y pregona a toda orquesta que Alemania ya no puede subsistir sin aumentar su territorio o espacio vital, y el 39 se apodera de Checoslovaquia e intensifica la aplicación de las medidas destinadas a depurar la raza.

En esta última fecha—a raíz de nuestra guerra—, varios generales y oficiales españoles fueron invitados a Alemania para asistir a la presentación de sus recién creadas fuerzas militares. Bajo la inmediata dependencia de su jefe, el Führer, y a las órdenes directas del mariscal Guillermo Keitel, el Alto Estado Mayor—"Oberkommando der Wehrmacht" (O. K. W.)—, tiene a su cargo ya las grandes unidades del Aire, Mar y Tierra, la industria militar, la propaganda y la organización de la nación en guerra. El impulso recibido por el conjunto destinado a la futura lucha es inconcebible, y es aún mayor para los que han estado tres años embebidos en "lo nuestro" y alejados del mundo circundante.

A la altura de Heligoland—potente y misteriosa todavía—, una pequeña escuadra evoluciona impecablemente alrededor de nuestro barco. Los acorazados de bolsillo nos rodean y acometen varias veces, precedidos por los varios destructores y conductores de flotilla que los escoltaban, y después del ejercicio realizado nos acompañan hacia el Elba y se despiden en la inmediación de Hamburgo.

Alemania, visitada en quince días, nos proporciona la impresión de un angustioso esfuerzo efectuado en vista de una contienda que se acerca. La agitación impera en todas partes. El tiempo manda sobre todos los factores. Ni el dinero, ni el espacio, ni las consideraciones personales o políticas prevalecen para nadie. Se quiere sólo alcanzar la cumbre en pocos años... a ser posible en pocos meses.

Desde el aire contemplamos las grandiosas carreteras realizadas por el "Frente de Trabajo", que Robert Ley dirige. Su doble cinta cruza de un extremo a otro del viejo Imperio; pero el tráfico es pequeño, insuficiente, cuando se piensa en el derroche de hormigón.

Desde Karlsruhe nos conducen a la Westwall para ver las fortificaciones de un sector acorazado que forma parte de la defensa occidental del Reich, y cuyas obras parecen barcos—submarinos—inmovilizados en una mar endurecida por el cemento.

Luego nos llevaron hasta Garmich, en Baviera, para presenciar un ejercicio realizado por una división alpina; hasta la entrada del canal de Kiel, para asistir al tiro de una batería de costa; a las Escuelas militares, para ver cómo se forman oficiales en pocos meses; a Königgratz, para contemplar los fuertes que no evitaron la ocupación de Praga; a Pilsen, para admirar modelos de ca-

ñones, y a Berlín, de vez en cuando, para saludar a los tres jefes de la Wehrmacht y conocer a una multitud de generales; unos, seguros de sí mismos; otros, vacilantes, y casi todos misteriosos.

Por último, a continuación de un gran desfile militar, en que se realiza el grandioso esfuerzo llevado a cabo por el ejército de Tierra, el Führer nos recibe en la Cancillería recientemente inaugurada, en la que acaban de instalarse los severos bajorrelieves que van a integrar el solo adorno de la hermosa galería que conduce a su despacho. El almuerzo está servido en otra sala, sin protocolo ni observancia. Nos sentimos sin esperar al invitante. Es costumbre, se nos dice. Caigo al lado del jefe del Ejército, von Brauchitsch, que no parece estar en buen momento. Se sentía agobiado por la responsabilidad, e impresionado por el recuerdo de una discusión tenida con su jefe. (A los ocho años supe, en efecto, que pocos días antes del almuerzo—el 23 de mayo de 1939—, Hitler había estrenado su nueva residencia con una junta magna, en que anunció a sus mariscales que aprovecharía la primera oportunidad para apoderarse de Polonia.)

Una palmada suena a la hora del segundo plato, y en pie se espera al Führer, que acude a un puesto libre, dispuesto en un lugar no principal, junto a un comandante de nuestro Ejército y un coronel del suyo. Y otra palmada, al cuarto de hora, hace saber que Hitler se retira, dejando, luego, que sea servido el postre y el café.

Y a los pocos días, regreso a España, lamentando la superficialidad de mi contacto con una serie de personajes que, sin duda, serán históricos.

No obstante, confío en el tiempo.

Una buena oportunidad no se presenta hasta bien entrado el año 43.

La primavera de Alemania es la estación más larga y más hermosa, y bañada en ella, la capital parece estar como una balsa. En la inmediación del Arco de Brandeburgo no se notan los destructos. De día, nada ocurre: algún "Mosquito" surge de cuando en cuando, haciendo alarde de su gran velocidad; mas no molesta; sólo quiere darse cuenta del estado de las defensas. La gente se detiene, lo contempla, comenta un foco su atrevimiento y sigue andando, acostumbrada a tener prisa y a nunca interrumpir el paso célere.

Allende, la cosa cambia.

Hace unos días cayeron las primeras bombas de cuatro toneladas. Barrios enteros me recuerdan los efectos de otro tiempo. La moral no es elevada. Hay alguna tienda con lujoso escaparate; pero eso sólo se mantiene para evitar el comentario del que llega desde fuera y causarle una impresión de relativo bienestar. En los hoteles hay de todo; pero los restaurantes ya no existen. La comida es corta y es discreta.

La jornada acaba pronto: visitas, conferencias... La noche, en cambio, es interminable: los "pezzi grossi" comen a las siete, y hacia las nueve—aún de día—estoy de vuelta, pensando un poco en la abigarrada "mezcla" que me acaban de ofrecer y sin otra perspectiva que el refugio.

El del Adlon es deficiente: una cueva no segura, a la cual hay que bajar sin comentarios. Pero el único huéspedes que se halla al tanto de los hechos es el que aquí lo relaciona; el teniente coronel von Schleiter se despidió de él a última hora—hacia las diez—, y le recuerda que el coche espera abajo para trasladarle, si hay alarma, al subterráneo de la Cancillería, cuyo techo de hormigón es suficientemente espeso para evitar el efecto de los explosivos utilizados en las últimas acciones. Y, en efecto, una tras otra, cada noche proporciona una carrera, un viaje en auto, una espera inacabable en el cemento y el regreso a deshora, pasando por el bochorno de hacer saber a mucha gente que—de momento—la protección del Führer es terminante y ventajosa.

Una tarde, hacia las nueve, a los cuatro o cinco días de mi llegada, fulmos a la estación para instalarnos a bordo de un maravilloso tren de lujo destinado al servicio del jefe superior del O. K. W.

Me desperté al amanecer, ansioso de conocer la dirección tomada; pero el cielo estaba suficientemente encapotado para evitarme todo indicio de la situación solar. El tren marchaba lentamente. No era difícil darse cuenta de los nombres de las pequeñas estaciones que se seguían, bien cuidadas, a lo largo de la vía; pero el plano del Baedeker no detallaba lo bastante para localizarlas.

Cuando regreso a mi cabina, después del desayuno, descubro que hemos pasado por Rastenburg, en plenos lagos de Mazuria (Prusia Oriental), y que el tren está parado cerca de Lötzen. Ante eso, Schleiter me confiesa que hemos llegado a las cercanías del cuartel general del Führer. Hemos entrado en una vía muerta, perfectamente oculta en un hermoso bosque, cuyos árboles recubren igualmente la carretera inmediata y paralela al tren, y disimulan el conjunto.

Dos años, según parece, lleva el puesto de mando de los ejércitos establecido en este sitio incomparable, y en tanto tiempo no ha sido descubierto. Las unidades antiáreas que lo protegen, pertenecientes al regimiento Göring, que ha batido el "record" de las victorias contra el aire, no han

hecho ni un disparo desde que se hallan emplazadas en los cuatro vértices del cuadrilátero en que se encuentran la oficina y la habitación del Führer. Con sus tubos apuntando hacia las nubes, y su gente cobijada en los abrigos inmediatos a las piezas, todo espera—alerta—una llegada que no llega, y la tensión es semejante a la que hubiera originado un bombardeo continuo del sector.

La lucha terminó sin que la aviación inglesa descubriera la instalación del Führer, perdida entre los lagos en que Hindenburg y Lüdendorf habían logrado—años atrás—la victoria más aplastante de la primera guerra mundial. El brillante servicio de información británico localizó la fábrica en que se obtenían los elementos necesarios para hacer agua pesada y determinó el sector en que se realizaban experiencias encauzadas hacia el cohete dirigido, dando así lugar a la expedición de Stavanger (Noruega) y a la destrucción de Peenemünde (Pomerania), cuyas consecuencias fueron decisivas para el éxito final, y, sin embargo, el recinto oculto desde el cual fué dirigida la contienda subsistió hasta el día en que el jefe supremo de la Wehrmacht se retiró a Berlín, para morir.

Lo cierto es que en los días de que hablo, la zona abarcada por el cuartel general de los Ejércitos era suficientemente extensa para motivar una ligera indiscreción verbal o señalativa, que, a su vez, se convirtiera en información aérea o personal. A más de la instalación del Führer, había un recinto destinado a la sección de operaciones de las Fuerzas Militares, que dirigía Iodl; otro para el cuartel general de los Ejércitos terrestres, que presidía Zeitzler, y por entre lagos y pinares aún se llegaba pronto a Nikoleiken, donde estaba la residencia del Servicio de Información del frente oriental: receptora gigantesca de noticias procedentes de tres mil radios desplegadas sobre el territorio moscovita y de los numerosos interrogatorios a prisioneros llevados a cabo diariamente. Y en esa zona había distintos pueblos e infinidad de casas pintorescas, y gente que iba y que venía con sus percheros pomeranos, sus caretas y sus gansos.

Pero esto ya es harina de otro saco.

Volvamos a lo nuestro.

Warlimont, segundo jefe de la Sección de Operaciones del O. K. W., viene a avisar que Hitler me recibirá a las cuatro.

El ministro Smith, que es el intérprete, me acompaña a un campamento—"cantón", mejor—, formado de "bungalows", ocultos en la parte más espesa e impenetrable a los aparatos fotográficos del Aire; un pueblecillo de madera en pleno bosque.

A la hora en punto se abre la puerta de una gran habitación, y el Führer se aproxima lentamente.

Una frase amable, y un fotógrafo, entre tanto, nos ametralla. Varios generales están presentes. Diviso a Keitel, a Becker y algún otro conocido.

Apenas logro examinar el cuadro. No obstante, me percibo de un conjunto de madera clara y de escaso brillo: una mesa de trabajo sin adornos, un tablero espléndido con varios planos y una porción de lentes y de lámparas portátiles, alguna silla contra el zócalo, paredes de listones, y ventanas apaisadas, grandes y con doble cristalería.

En el fondo arde un hermoso tronco, y junto a la enorme chimenea hay una mesa baja y ovalada, y alrededor seis butacas.

El Führer, con chaquetilla kaki, cruzada, ribeteada, toma asiento en la parte opuesta al fuego. Quedo a su derecha, y luego siguen: el intérprete, un jefe de sección, el agregado a nuestra embajada y el mariscal del O. K. W.

Dos criados que no hacen ruido sirven café sin preguntar, y el Führer una infusión extraña. Se habla del tiempo y de los grandes ases de la meteorología, "que se equivocan siempre".

Oficiales y ordenanzas se retiran en silencio. Todo calla un rato. Las miradas se dirigen al anfitrión, y éste toma la palabra.

Escucho, y trato de observar.

No es suficiente que Halder haya dicho en Nuremberg que Fritsch "se había sentido en presencia de un verdadero loco", para sentar de un modo concluyente que el canciller del Reich era anormal. El solo hecho de que el Führer llegara a la cumbre en consecuencia de un sufragio que empezó siendo sincero, basta para no admitir de lleno la citada hipótesis. Dentro de Alemania lo han calificado de perturbado las personas que se hallaban en completo desacuerdo con su modo de pensar o comprendieron—acaso tarde—que su orientación conduciría forzosamente al hundimiento de la nación. Fuera—y ganada ya la guerra—, todo hombre puede asegurar que estaba loco; el resultado de la contienda es decisivo; el que vence tiene toda la razón.

Sin embargo, no parece loca una persona que se embala suavemente y, sin entrar en lo prohibido, bordea la zona de peligro. Me habla, en efecto, de la granada hueca y de los resultados conseguidos con la misma contra los "Matilda", los "Valentina"...; de las minas de contacto, que son capaces de inutilizar

los carros más modernos...; de los artefactos manejables a distancia...; de los líquidos incendiables e incendiarios...; de la capacidad

del hombre aislado para emplear aquellos medios...; de la posibilidad de contener un ataque acorazado con unidades cuya misión es otra diferente...; y, en fin, de la mejor manera de organizar las tropas que han de suplir las deficiencias cuantitativas del material. Me ofrece una visita a Wünsdorf—la "Escuela der Schnellen Truppen"—y a Kummendorf—"campo de experiencias del Waffen Amt"—, donde comprobaré todo lo dicho. Y a medida que entra en materia quita tiempo al que traduce; poco a poco, sus preguntas o explicaciones se van cosiendo unas a otras, para acabarse transformando en un discurso, inacabable al parecer, mas que termina de repente, en lo alto y más sonoro, con un gesto interrogante y una sonrisa que no pasa de la frente y en la que leo: "ahora escucho".

Varias veces me interrumpe con alusiones a la guerra. La táctica le embarga. La conoce. Es evidente que se ocupa de sus detalles fundamentales, y que sus decisiones estratégicas están basadas en la posibilidad del hombre y de los medios de transporte.

No insiste en los extremos que su inmediato mariscal había abordado por la mañana. Me sorprende incluso con la noticia—o el sondeo—de que no quiere más aliados; no le hacen falta; no puede armarlos, ni abastecerlos. Sólo quiere "comprensión"; que todo el mundo sepa que está empeñado en una lucha formidable contra el "bolchevismo". Y esta palabra sale de sus labios en diferentes ocasiones; la dice con violencia y más alto cada vez. Sin duda quiere impresionar, borrar todo recuerdo de la época de alianza con los rusos y demostrar que ese enemigo es decisivo, y que Stalingrado—perdida—no pasará de ser un episodio más o menos importante.

A cada rato echo un vistazo alrededor. Invariablemente Keitel asiente, el ministro Smidth se enerva y los demás esperan con paciencia que el acto acabe.

De vez en cuando me deja espacio libre. Pero aprovecha cada pausa para intervenir de nuevo y referirse al tiempo necesario para la formación de buenos especialistas, sin los cuales la teoría del rendimiento de las armas exentas de trayectoria es inaplicable, o para insistir en la precisión de coordinar como es debido los diferentes medios sin entusiasmarse antes de tiempo por el que más se emplea o se ambiciona. Y, por último, tornando a la materia que le obsesiona tanto, se olvida del intérprete y de mi escasísima noción del solo idioma que él conoce, y se pierde en oraciones que no acaban y en que acentúa con fiereza yacompadamente su eterno "bolchevismo", como quien recurre a escoplo y a martillo para embutir la idea en el cerebro del oyente.

A los pocos años—el Reich hundido y su canciller casi olvidado—, me parece leer en cierta declaración de Keitel el final de mi entrevista. El, sin embargo, se refiere a una cualquiera de las muchas que, sin duda, ha presenciado, cuando dice ante sus jueces: "Todo acaba de repente. Hitler se levanta inesperadamente, sin responder a la última pregunta. El tiempo disponible ha transcurrido, y ese tiempo le ha bastado para conocer a fondo a su interlocutor y saber exactamente lo que puede esperar o debe temer de él."

A los pocos días visito Rügenwald, al lado del Báltico. Están presentes: el ministro de armamento Speer, el ingeniero Krupp, el general Guderian (inspector del Arma Acorazada), el general de Artillería, Leeb (jefe de experiencias militares), y otros varios oficiales y paisanos con empleos y cometidos diferentes.

Se trata de realizar un ejercicio con la pieza de 800: el cañón mayor del mundo.

El Führer, cuyo tren se acerca a los carriles en que el impaciente monstruo está asentado, me hace saber en dos palabras que fué construido para levantar la tapa de las obras de la línea Maginot, y que a ese efecto, su proyectil de capatete es suficiente para perforar una masa de hormigón de siete metros desde más de diez kilómetros.

Sube, raudo, por la escalera vertical de la primera plataforma, pasa alegre a la segunda y trepa a la tercera, como el que se halla acostumbrado a moverse por los diferentes puentes de un crucero. En lo alto, debajo de la caña, asistimos a una breve explicación de Krupp, y a la puesta en marcha del gigantesco tubo, que asciende fá-

cilmente a los noventa, movido por el generador eléctrico de su montaje. Un oficial—el comandante de la pieza—nos habla de sus cuarenta ejes, de las cinco toneladas de su granada rompedora, de los veinticinco kilómetros de su ordenada máxima, de los ciento veinte trenes que hicieron falta para llevar el arma a Sebastopol y de las doce baterías antiaéreas que fueron establecidas en su honor. Nos dice que el conjunto se pone en marcha sobre una doble vía—cuatro rieles—, arrastrado por una pareja de locomotoras, que están sincronizadas y dispuestas paralelamente.

Al alejarnos de la pieza para verla disparar, el Führer se detiene, la contempla y me dice a boca llena:

—Lo necesario para el Peñón.

Ni sé qué cara puse ni me acuerdo qué respuesta balbucí.

No obstante, estoy seguro de que a pocos pasos se detuvo nuevamente, y que mirándome despacio aún agregó:

—Todo listo.

Y, sin embargo, en esos meses ya no pensaba en Gibraltar. (Está escrito; lo han dicho los de Nuremberg antes de subir a su patíbulo.)

De regreso, encontré sobre la mesa del hotel una tarjeta de Canaris, invitándome a cenar a mi llegada. MUNDO HISPANICO PÁGINA 56

Como en otras ocasiones, su coche vino a recogerme hacia las seis.

Me abrió la puerta—como esperando—el tipo extraño que servía de ordenanza, de portero, jardinero y jefe de casa: un oriental no sé de dónde, que veneraba al matrimonio y en el que éste parecía depositar la mayor confianza. Detrás, a pocos metros, surgió la bondadosa cara del supremo jefe del Servicio Informativo del O. K. W.

Llegaba de Belgrado aquella tarde, y aún había tenido tiempo de acercarse a Atenas y a Durazzo, durante mi breve ausencia. Estaba rendido y poco satisfecho de su viaje; pero, a pesar de todo, le interesaba conocer lo antes posible algún detalle sobre la excursión que yo acababa de efectuar.

La cena pasó pronto. El almirante Canaris tuvo el buen gusto de rociar su solo plato con un excelente Rin. (Y lo digo por la ausencia de Burdeos y de vodka, destinados, los dos, a pregonar victorias que empezaban ya a no estar de moda.) Un sencillo postre y una taza de café sellaron la comida y marcaron el principio de un intercambio, nada fácil, de impresiones. Dejamos pronto el comedor y nos instalamos cerca de él en dos sillones que parecían dispuestos para hablar en tono confidente.

El no fumaba, yo tampoco. ¿Una copa de licor? No quise, y él asentó de prisa. Canaris me hizo varias preguntas. Era evidente que pretendía formarse un concepto claro de la impresión que el Führer me había causado. Cuando le explicaba sus idas y venidas, o cuando le hablaba de sus cortes o interrupciones, quería saber no sólo mi reacción ante su jefe, sino la idea que conservaba—o conservaría—en mi mente. Trataba de analizar mi pensamiento. Quería, sin duda, poner en evidencia mi futuro reportaje, para ligarlo con algo más interesante que un reportaje suyo: algo difícil de entender en el momento—o en los días—en que el hecho de que trato sucedía.

Le interesó el comentario de Hitler sobre el posible o fracasado empleo del cañón de "ochenta" en nuestra Península.

—No hubiera servido—me dijo al pronto—. Y aunque luego no pude aclarar si semejante observación era sincera e impremeditada, o se hallaba destinada a poner sobre el tapete una materia que yo tenía el deber de conocer a fondo, para inducirme a hablar más fácilmente, lo cierto es que "me" anduve por las ramas, aunque temiendo que mi exceso de suspicacia pudiera herir a un corazón que acaso se volcaba para hablar con el amigo o con el hombre, capaz de reportar más de la cuenta, sin darse cuenta de ello.

Por supuesto, él no quería que trascendiera nuestro coloquio; al menos, no quería que sus compatriotas se enteraran de él; y, sin embargo, es evidente que—en lo cierto o equivocado—un patriotismo ardiente presidía a cada frase suya y a cada esfuerzo que realizaba en contra de una impresión desfavorable al Führer, que él "temía", en consecuencia de mi viaje a Rastenburg y a Rügenwald.

Preguntaba lentamente e iba despacio al contestar. Miraba con firmeza. Captaba antes de oír. Amenizaba el diálogo con alguna que otra anécdota contable e interesante. Mas no ocultaba, a cada rato, una preocupación hondísima por Alemania y por todo el Mundo.

Trataba de acercarse, y lo lograba. Hablaba humildemente, y su expresión era sincera. Tocó lo referente a su mismísima gestión, y llegó a decirme que mi visita al Führer había sido organizada sin su intervención directa. Díome a entender—incluso—que hubiera preferido posponerla a tantas otras que el poco tiempo o las circunstancias especiales impedían.

Estuvimos juntos hasta una hora inusitada. Un reloj de pie, que había en la entrada, marcaba ya las once cuando, a la puerta, me despedía del almirante con un larguísimo apretón de manos.

En casa, recordando todo y meditando un poco, me pareció que él se había detenido en cierta frase o había cambiado de tema alguna vez, sin duda por no caer en indiscreto o incluso en desatento. Y quedé con el pesar de no haber sido muy sincero: él esperaba más de mí.

Al año, el desembarco en Normandía precedió de poco a la última conjura contra el Führer y al atentado que fracasó. La reacción fué colosal. Cayeron cerca de tres mil, y entre ellos, mi buen amigo tuvo un puesto digno de su rango y de su cargo. Y yo, al oír las conjeturas referentes a su cruel y espeluznante ejecución, volví a pensar que aquella noche quiso hablarme de "algo" y no me halló propicio a comprenderle.

Canaris no fué el único en empezar o en acabar mal avenido con su Führer.

Blomberg, ministro de la Guerra, y Fritsch, generalísimo del Ejército de Tierra, fueron los primeros, después de la represión del año 35, en sufrir las consecuencias de su carácter intransigente.

Hitler se sentía simplemente superior a todas las personas que le rodeaban. Despreciaba al técnico y al táctico; tenía a raya a sus colaboradores más inmediatos; daba órdenes a Krupp, y clase de estrategia a Brauchitsch, a Halder y al propio Iodl. Y en estas condiciones, Blomberg—"único soldado que dominaba las cuestiones militares y era capaz a un tiempo de resistir al canciller"—se opuso a él para frenar la entrada en guerra.

Pero Hitler tenía prisa; una prisa loca, desenfrenada. El tiempo le agobiaba. Quería empezar la guerra sin tenerla preparada. No admitía razones. El, que había cumplido los

(PASA A LA PÁGINA 56)



cuarenta, «tenía delante una carrera de combates y de conquistas que Carlos XII había empezado a los diecisiete años. Alejandro hacia los veinte y Federico II y Napoleón I a los veintiséis». Y en estas condiciones, le urgía deshacerse de los grandes colaboradores que había heredado de Hindenburg.

No es fácil poner en claro si los hechos facilitaron su deseo o si las acusaciones contra Fritsch y contra Blomberg fueron ficticias. Nadie sabrá nunca si el primero había incurrido en la falta de homosexualidad que le imputaron, ni la esposa del segundo había sido o no había sido prostituta; mas cierto es que uno y otro pagaron duramente su respectiva culpa, y que Hitler aprovechó la ocasión para constituirse en comandante de las Fuerzas Militares.

De resultas, Brauchitsch fué nombrado ministro del Ejército. Pero aún era preciso destituir a Beck, que desempeñaba la jefatura del Estado Mayor de del Ejército de Tierra desde que Hitler llegó al poder.

La ocasión se presentó inmediatamente.

En junio de 1938 hubo una escena violentísima entre los generales Brauchitsch y Beck, por una parte, y el Führer por la otra. Aquellos se obstinaban en no precipitar la ocupación de Checoslovaquia, y éste, en cambio, se negaba a escuchar todo consejo de prudencia. Al fin, los generales se resignaron—obedecieron—; pero Beck repuso, «a posteriori», con un informe escrito que originó otra discusión—«acaso la más dura que haya habido» (ha dicho alguno al tribunal de Nuremberg)—, en consecuencia de la cual Adolfo Hitler «aceptó» la dimisión de aquel ilustre jefe, que fué inmediatamente reemplazado por Halder.

Y así cayeron los primeros generales hitlerianos.

El aislamiento de Hitler lo hizo fuerte. «No tenía un consejero; no tenía un amigo; no tenía siquiera un confidente. No existía en su ambiente la eminencia gris que se ha buscado con tanto afán. Ni un Richelieu, ni un Sully, ni siquiera un Talleyrand o un Fouché». Más aún: Hitler estuvo siempre en la penumbra; no toleró que se escribiera sobre su vida, ni que nadie comentara sus discursos, ni contara cosas concernientes a los años anteriores a su lucha, cuesta arriba, hacia el Poder. «Lo único existente para llegar a conocerlo está publicado en su célebre «Mein Kampf», o sea, el «Hitler visto por sí mismo».

Cada instante de su vida se hallaba dedicado a la política y a los proyectos que forjaba. Para las grandes operaciones «daba directivas generales, y cuando recibía propuestas detalladas de sus diversos e inmediatos subordinados, las coordinaba y las convertía en un solo plan, que comentaba o explicaba entre los futuros ejecutantes». Al parecer, improvisaba; y, sin embargo, aquellas directivas—sus concepciones estratégicas—estaban siempre basadas en la historia de la guerra y en los principios militares.

Ante Francia prevaleció su idea. En Nuremberg, los testigos de la Wehrmacht reconocieron que la maniobra de Sedán fué concebida—e impuesta—por el Führer. Keitel y Iodl querían, sin duda, atacar «en fuerza» el ala izquierda del contrario, para dar su gran batalla en la llanura belga; pero Hitler cerró la discusión diciéndoles: «Habéis calzado las botas del viejo Schlieffen», y les despidió, rogándoles que meditaran. Brauchitsch llegó incluso a pretender que nunca se podría llegar a dominar los fuertes de la línea Maginot. Redactó, al efecto, una memoria interminable; pero Hitler le arrancó los documentos de la mano, los rompió en pedazos y lo echó de su despacho.

Frente a Rusia, las protestas fueron tibias. Pero en pleno frío de 1941, con las armas congeladas y los motores inservibles, las discusiones reempezaron. Brauchitsch hizo cuanto pudo para esperar un poco. Guderian—el jefe de los carros—le presionaba. Es más, cuando este último general se convenció de que era inútil su labor, acudió en persona: «Volé hacia Prusia Oriental—ha dicho en Nuremberg—bajo una temperatura insoportable. Llegué el 20 de diciembre. Tuve tres entrevistas con el Führer, que duraron cinco horas en total. Le describí el estado en que las tropas se encontraban, frente a Moscú, y traté de hacerle comprender que era imposible que rindieran el esfuerzo solicitado. Le advertí que caminábamos hacia un desastre, no por causa de los rusos, sino del frío. Le dije que era preciso suspender toda ofensiva, evacuar lo conquistado, poner las tropas a cubierto y convertir los carros en castillos. Le afirmé que ese era el modo de salvar todo el ejército, y le prometí que en primavera llegaríamos a Moscú».

«Pero Hitler se negó a aceptar lo que le dije. Me echó en cara que era igual a tantos otros generales; que me preocupaba demasiado de mis soldados y de mis carros. Habló de otras cuestiones. Dejó estallar su resentimiento contra Brauchitsch. E insistió en que la ofensiva no cesara; quería Moscú, y la lograría.»

El almirante Raeder perdió su puesto y su prestigio como consecuencia de sus perennes objeciones contra la expedición de Rusia. Por lo mismo, Brauchitsch fué relevado antes de fin del año 41, y siguiendo igual proceso, lo fué Guderian, que hasta esa fecha había sido amigo y admirador de Hitler.

Más tarde, en la primavera del año 43, todo el mundo sabía que Paulus había venido varias veces a Berlín para convencer al Führer de que era inútil esforzarse contra la ciudad de Stalingrado, y que el citado mariscal había tenido que renunciar a su deseo.

Y creo que no hacen falta más ejemplos. Cartier, sin duda, tiene razón cuando dice que el «complot» que fracasó el 20 de julio (1944), es el «acto de defensa y de venganza de una clase humillada y pisoteada por su jefe».

Von Rundstedt es el único general a quien el Führer no maltrata, a pesar de su ofensiva fracasada en los «Ardenas» (1944). Lo considera viejo, y lo desprecia. Le da una cruz de hierro, y al imponérsela le dice: «¡A descansar!»

¿Qué significa eso? Pues, simplemente, que el insigne mariscal había alcanzado su meta. Y este es, precisamente, el peligro de la vida paso a paso, o el inconveniente de abusar de lo expedito y de no arriesgarse a tiempo en la maraña.

La vida paso a paso es obligada cuando cada cual se atiene a lo dispuesto y no se sale de las normas señaladas por su jefe, por su patria o por su idea. Nadie se imagina a Nimitz, comandante de la flota en el Pacífico; a Mac Arthur, general de los aliados en ese mar, o a Spaatz, jefe del Aire, desobedeciendo a Marshall, Arnold, King y Leahy, que juntos fueron miembros del Estado Mayor Unido de los Estados Unidos americanos; como tampoco se concibe, pensando, ahora, en 1939-45, que Isodoku Yamamoto, almirante de la flota japonesa, o el conde Terauchi, general en jefe de las fuerzas de Indochina, se apartaran lo más mínimo de las normas señaladas por su augusto Emperador. La trocha a medias no es admisible. La algaida a contratiempo es impenetrable. Si se busca, es necesario pelear. El que se aventura en los zarzales o en la braña sin proveerse previamente de una indumentaria adecuada, caerá en la trampa preparada para el tieso que se sale del camino en mal momento.

Y, sin embargo, hay casos en los cuales es preciso aventurarse: son los casos en que el hombre está seguro de sí mismo; los casos en que el choque o el fracaso no le harán arrepentirse; los casos impunes, o en que se muere noblemente.

Desde su palacio de arena negra, el monarca Temuyin—que hizo llamarse «Chenguis Kan», o «soberano poderoso»—avanzó, en son de conquista, hasta la orilla del Pacífico y hasta el límite de Europa. Fué el primero en organizar una nación para la guerra. Con la mejor materia prima del continente asiático—el jinete tártaro—hizo un ejército imbatible, al que dotó de cuerdas para el arco y de bolsas muy ligeras que, bien infladas, servían de flotadores para cruzar los grandes ríos. En vanguardia colocaba a los de choque, y en segunda línea, a los arqueros a caballo. Se valió de propaganda; utilizó quinta columna, y combatiendo medio siglo (desde los dieciséis años de edad hasta los setenta) logró un imperio que abarcaba la mitad del mundo conocido hacia el final del siglo XII.

Y de ese modo, ¿siguió nuestro consejo?

Al contrario, dió unas zancadas formidables e innecesarias.

¿Y qué logro?

Legar un nombre muy glorioso; llenar la tierra de temores, enseñar a hacer la guerra y vivir intensamente.

¿Fué necesaria, en fin, su gran labor?

Nadie lo duda. La arena de la playa pierde interés cuando no hay lasca. El desierto es intolerable sin palmeras. La Historia sin historias palpitantes sería monótona.

Hay que luchar. No es cuestión de estar al sol que más calienta, sino de emitir la sombra necesaria para que muchos vengan a cobijarse.

Chenguis Kan no estaba loco.

Está loco el mundo.

tual material en proyecto o en construcción, con velocidades del orden de 700 kilómetros hora los de turbo-propulsión y de 800 a 900 los de turbo-reacción, ambos con autonomía suficiente, ya que el consumo específico de los nuevos reactores va camino de entrar en lo aceptable. (A título de información, diremos que las cifras actuales son: de 200 a 250 gramos por caballo-hora para el motor de explosión, de 320 gramos por caballo-hora los reactores con hélice o turbo-propulsores y de 1.000 gramos-hora por kilogramo de empuje los turbo-reactores puros. Estos proporcionan una fuerza de empuje o tracción constante, que se mide en kilogramos, y cuyo producto por la velocidad es la potencia del motor, que, por lo tanto, aumenta con la velocidad misma.)

Entre estos futuros aparatos veremos muy probablemente los llamados «ala volante» (sin fuselaje ni cola), en los que el pasaje divisará el panorama por amplios ventanales situados delante, en el suelo y en el techo, en lugar de verlo, como ahora, a los lados, casi siempre obstruida la visión por el ala del aparato. Y en cuanto a los aviones de tipo normal, con fuselaje, llevarán las alas en pronunciada forma de flecha para mejorar su penetración aerodinámica.

Los aviones de velocidad supersónica están aún más lejos de nosotros. Acaso los veamos para 1960-65.

HORARIOS.—Tomando como tipo el recorrido Madrid-Buenos Aires, podemos aceptar para 1950 el servicio con aviones de transición, a turbo-propulsor, con crucero de 600 Km./h. y diecisiete horas de vuelo, es decir, la mitad que en la actualidad. Saldremos de Europa al anochecer y veremos las aguas del Plata a la mañana siguiente, como vamos hoy por ferrocarril de Madrid a La Coruña o a Cádiz.

Para los primeros aviones puros a reacción, el mismo trayecto se cubrirá en unas doce horas, como el viaje terrestre de Madrid a Bilbao o a Lisboa.

Y cuando se venza la barrera del sonido y se vuele a 1.200-1.500 Km./h. en alas volantes, con estado-reactores, iremos a La Habana en cinco horas y media, a Méjico en seis y media, en siete a Buenos Aires y en ocho a Santiago de Chile. Jor-

nada diurna, como la actual de Madrid a León, Burgos o Zaragoza sobre carriles. ¿Cuál será la mentalidad de esas gentes pasajeras de las alas ultrarrápidas? ¿Cuál su actividad multiplicada, su potencialidad económica?... Mucho se podría escribir sobre ello, pero ya se va haciendo tarde.

Una cosa hemos de apuntar, sin embargo. Habrá que tener muy en cuenta las diferencias de hora local. En efecto:

En la etapa inmediata no habrá dificultad, sobre todo en los viajes de Este a Oeste. Por ejemplo: Saldremos de Madrid a las nueve de la mañana y llegaremos a Méjico al cabo de doce horas, a las veintiuna de España, o sea a las catorce treinta de Méjico. Hemos comido a bordo, y llegamos con ganas de cenar y dormir, pero habremos de aguardar aún varias horas para poder hacerlo sin llamar la atención.

Si el viaje es nocturno, la cosa se agrava algo. Saldremos de Europa a las veinte horas, y estaremos en Méjico a las ocho de la mañana siguiente (G. M. T.), pero a la una treinta de la madrugada, hora local. Hemos podido dormir doce horas a bordo; pero al llegar, aunque no lo deseemos, habremos de volver al lecho por otras varias horas hasta que amanezca. Podremos regresar de noche, saliendo de Méjico a las veintiuna horas, y llegando a Madrid a las nueve de la siguiente mañana en Méjico, pero a las quince treinta de la tarde, hora de Greenwich y de España. Si no acertamos a comer algo a bordo del avión, habremos perdido el desayuno y la comida de mediodía.

Con los aviones super-sónicos podrá ocurrir algo de lo que sigue.

Salimos de Europa a las diez de la mañana, comemos a bordo tres horas después y llegamos al Río de la Plata a las diecisiete G. M. T., las trece en Buenos Aires. Si nos invitan a almorzar, tendremos que hacerlo nuevamente para no quedar mal.

El regreso se hará más corto. Salida del Plata a las diez horas, y llegada a Madrid a las diecisiete americanas, las veintiuna locales. Es hora de cenar y dormir, pero nuestra jornada diurna sólo ha durado ocho o nueve horas.

A pesar de todo ello, creo que podemos firmar ahora mismo para no abandonar este mundo sin haber disfrutado esos rapidísimos viajes. Yo, al menos, así lo deseo.

RICARDO MUNAIZ DE EREA

CONCURSO DE PORTADAS

1.º MVNDO HISPANICO convoca, con fecha 15 de febrero de 1949, un concurso de portadas entre pintores, dibujantes y fotógrafos de las veintitrés naciones hispánicas. Las dimensiones de la Revista son: 275 milímetros por 350 milímetros. La faja que habitualmente lleva la portada, con el título de la revista o los precios para los diferentes países, dispuesta al pie o al costado, podrá completar la proporción del original que no se ajuste exactamente a aquellas medidas. El tema es libre, preferiblemente sobre ambientes hispánicos. No se limitan las técnicas de pinturas o dibujos que, en todo caso, vendrán fijados. Las fotografías, en negro, deberán tener el tamaño posible, sobre papel liso (sin grano), brillante o mate, y siempre bien preservadas para que en el correo no se deterioren. Un pequeño diseño con nota de los colores reales de la escena podrá hacer posible la publicación en colores, por interpretación, del tema fotografiado; pero esto no es condición indispensable. Las «fotos» en color, directas, deberán venir en positivo, de 35 milímetros, 6 x 9 centímetros o mayor. O sobre copia Prington, en tamaño mínimo 13 x 18 centímetros.

2.º El plazo de admisión de obras se cierra el día 31 de agosto. Estas serán remitidas a la Redacción de MVNDO HISPANICO (Alcalá Galiano, 4, Madrid).

3.º Se establecen tres premios por un importe de: 5.000 pesetas el primero, 3.000 el segundo y 1.500 el tercero, o su equivalencia en moneda del país del autor de cada trabajo premiado, según cotización oficial española del día en que se cierre el plazo del concurso. Los originales que seleccione el Jurado, entre los no premiados, se publicarán en MVNDO HISPANICO, que abonará por cada uno la cantidad de 500 pesetas o su equivalencia en moneda del país del autor, según cotización oficial española del día en que se publique cada original.

4.º Los trabajos se acompañarán con una relación biográfica del autor, fotografía personal y dirección postal.

5.º MVNDO HISPANICO fallará este concurso dentro de un mes a partir del día en que se cierre el concurso. El Jurado lo formarán personalidades de las artes y la intelectualidad hispánicas y su fallo será inapelable. Los originales que no se acepten, de acuerdo con la base tercera, serán devueltos a sus autores.

Madrid, 15 de febrero de 1949.